

22 de diciembre de 2024 - 4º domingo de Adviento "C"

[Mi 5:1-4; Heb 10:5-10; Lc 1:39-45](#)

Homilía

"En aquellos días María se puso en marcha rápidamente..."

Estas palabras relacionan inmediatamente la visita de María a su prima Isabel con la escena de su encuentro con el ángel Gabriel, que terminó con las palabras de María: *"Hágase en mí según tu palabra"*. Entre los dos podría estar la enjundiosa frase del Prólogo del Evangelio de Juan: *"Y el Verbo se hizo carne"*.

Lo que Lucas relata aquí son los primeros momentos de la realización del extraordinario misterio de Dios haciéndose *"carne"*, es decir, el misterio de la encarnación (del latín *caro-carnis*: carne). Se podría decir que todo este pasaje de Lucas es profundamente *"carnal"*, en el sentido etimológico y más bello de la palabra (y no en el sentido superficial y a veces algo vulgar que podemos darle hoy). Esto también podría considerarse la base de una teología del cuerpo humano.

Dos mujeres están en presencia una de la otra. Dos mujeres embarazadas; por tanto, dos mujeres que, de su carne, han dado a luz a otro ser de carne que aún llevan en su vientre -la palabra griega *koilia* designa el vientre, las entrañas y, en el caso de la mujer, el útero-).

Ahora bien, no sólo están presentes aquí la carne de estas dos mujeres y la carne del niño que cada una de ellas lleva. También está el Espíritu. Y tan pronto como se saludan, el saludo de María comunica a Isabel el Espíritu de Aquel que lleva, y el niño que Isabel lleva ya se agita físicamente en el vientre de su madre. *"Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre"*, dice Isabel a María... porque al oír tus palabras de saludo, el niño saltó de alegría dentro de mí. La comunión entre María e Isabel reunió a los niños que llevaban en su seno, y la alegría de Juan demuestra que, efectivamente, ya está *"lleno del Espíritu Santo"*, como había profetizado el ángel.

Si María es así portadora de la alegría y del Espíritu, es porque ha creído. *"Qué feliz estoy"*, dice Isabel, *"de que la madre de mi Señor haya venido a mí... Dichosa la que creyó que se cumplirían las palabras que le había dicho el Señor"*.

En la expresión *"Bendita eres entre las mujeres"*, se subraya su condición de mujer. Como tal, es elegida y bendecida por Dios; esto

se acentúa aún más con la expresión "*bendito es el fruto de tu vientre*", que se refiere al hecho de que este "*fruto*" todavía está en ella y que, por lo tanto, se ha convertido de alguna manera en la nueva Arca de la Alianza. Isabel reconoce en María a "*la madre de su Señor*", anunciando ya el título de "*Madre de Dios*" que los Cristianos darán a María desde los primeros siglos de la Iglesia.

Isabel también subraya la fuente de la fecundidad de María: su fe. "*Dichosa la que creyó que se cumplirían las palabras que le había dicho el Señor*". Toda la fe de María se expresa en su "*fiat*", y es en el mismo momento en que su boca expresa en este *fiat* toda la fe de su corazón que su carne da a luz al Hijo de Dios en su propio cuerpo.

Durante la liturgia de los próximos días nos "**encontraremos**" a menudo con María. Que este encuentro nos traiga la alegría que les dio a Isabel y a Juan el Bautista; que haga vibrar al Hijo de Dios que también habita en nuestro ser de carne y hueso. Que aprendamos de María, sobre todo, que toda fecundidad "espiritual" tiene su origen en un acto de fe que permanece estéril mientras no se "encarne".